HERALDO DE MURCIA

AÑO V — DIARIO INDEPENDIENTE — NUM. 1166

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.
Redaccion y talleres: S. Lorenzo, 18

MARTES 21 DE ENERO DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En segunda plana. . . . . 00'50 pesetas línea
En tercera. . . . . 00'10 id id.
En cuarta. . . . . 00'05 id id.
Administracion: Saavedra Fajardo, 15.

EL FIN DE LOS PARTIDOS Y LOS GOBIERNOS DE CONCENTRACIÓN

La evolución de las fuerzas políticas de la Monarquía Constitucional y parlamentaria está consumada. Las leyes de la historia se han impuesto á la débil resistencia de la rutina y de un pasado á cuya funesta finalidad asistimos. Se acaba una larga Regencia y viene un reinado nuevo. Se acaba una edad y comienza otra. Las puertas de todas las esperanzas están abiertas, así para los que anhelan la prosperidad y grandeza de Don Alfonso, como para los que aspiran á que no reine. Los instrumentos gastados: aquellos organismos que en estos últimos cuatro años nos condujeron al desastre colonial y los que encargados de remediarlo solo se les ocurrió resucitar los errores del vaticanismo y del regionalismo, comprometiendo con ellos la unidad de la Patria y la seguridad del Trono, han acabado.

La victoria está alcanzada, pues desde la carta al «Diario de Barcelona» del Sr. Duque de Tetuán, que tan comentada fué y en su sazón aplaudida, hasta las declaraciones recientes de los hombres más importantes ya no se oye en la extensa línea de la política española otra opinión ni otra tesis sino aquella que da por muertos los partidos históricos y por inminentes los gobiernos de concentración.

Hasta el jefe de lo que se llamó Unión Conservadora y que se convirtió en asilo de ex-carlistas y ultramontanos. Desde el Sr. Silvela, que antes de cerrarse las Cortes hablaba aun de gobiernos de partido, hasta los republicanos posibilistas, todos reconocen los hechos consumados y hablan de la aurora de una nueva edad. El señor Silvela, por ejemplo, ha arrojado en la Caleta de Málaga, los ropajes de un supuesto pontificado y se ha apresurado á llamar una vez más en su auxilio á las almas caritativas que se dignen, compadecidos de su caida, prestarle algún concurso para formar una nueva razón social parecida á la de Durán y Bás, Robert, Polavieja y compañía. Triste fin y jamás previsto del partido liberal-conservador convertido hoy en «orden político mendicante» no solo de fuerzas sino de ideas, pues unos y otros emigraron de los desiertos lares de Cánovas profanados por sus disidentes triunfantes.

No menos lastimosa es la suerte de la antigua fusión. La voz del Sr. Moret, Presidente del Congreso de los Diputados, ha desplomado los muros del ruinoso edificio como las trompetas de Jericó las murallas de la bíblica fortaleza. Pero, los atrofiados miembros y los restos insepultos que forman el montón de inválidos y el cónclave de enanos que se llama gobierno, no se ha dado aún por entendido, y ayer se presentaron en el banco azul entre los murmullos y la admiración de los que creyéndolos en la Necrópolis, se los encuentran aún de ministros de S. M.

Tampoco tienen nada que contradiga esta tésis general las declaraciones del respetable Sr. Marqués de la Vega de Armijo, uno de los hombres más caracterizados del partido liberal, y sin duda de los que con más derecho pueden hablar alto y claro.

Las postrimerías son por esto lentas, los funerales lánguidos y pesados. El Sr. Sagasta, que como Carlos V en Yuste, presencia en vida sus exequias políticas, se conoce que se espanta ante el eco triste y aterrador del «Dies Iræ» y que oye los responsos como un pasacalle cualquiera, porque de otra manera ¿cómo es posible que estando muerto pensara en actuar de vivo?

Los sordos han oído las declaraciones del Sr. Romero Robledo, pero los cadáveres, no. El Sr. Sagasta no los ha oído, Pero deben ser oídas de todos, porque con el primer relámpago de la tempestad que amenaza; de esa tempestad de que otra vez ha hablado el señor Maura en su elocuente discurso de Valladolid cuando ha dicho que si no se hace la Revolución de una manera audaz y rápida desde el Poder, vendrá la Revolución de las calles.

Una y otra avanzan hácia Mayo, ¿Cuál de las dos llegará antes?

El Sr. Romero Robledo ha pedido que no se pierda ni un momento por los elementos leales al Rey, y el Sr. Maura ha declarado el peligro inminente.

Cronistas de lo que ocurre y narradores fieles de los sucesos, cobardía inexplicable sería la nuestra si tras lo que en estos últimos meses hemos escrito, no dijéramos hoy que nuestros temores son los mismos de los Sres. Maura y Romero Robledo, porque como estos dos ilustres hombres de gobierno, creemos que no se debe jugar con el peligro y que la prudencia aconseja no perder días sin hacer lo que piden todos, pero dejando á un lado cuanto signifique nada que se parezca á la heregía del Sr, Silvela cuando ha dicho en Caleta de Málaga, que la Monarquía vive más que de su virtualidad de la impotencia de sus amigos. Afirmación errónea y monstruosa en labios de un hombre que todavía se titula jefe de los conservadores.

La diligencia en el cumplimiento de altos deberes y las consecuencias ineludibles que se deducen de las premisas sentadas por los jefes de las fuerzas políticas que ni directa ni indirectamente han apoyado los gobiernos calamitosos de estos últimos cuatro años exigen que la campaña sea rápida y eficaz para desalojar al Sr. Sagasta del banco azul y al Sr. Silvela de sus pretensiones de formar una nueva compañía con que ensayar sus facultades de hombre de gobierno. Hay que concluir que limpiar de escombros la vía pública.

RAPIDA

¡Albricias, queridos compañeros en Sagasta! La crisis que parecía alejarse de nosotros á pasos agigantados, surge joven, vigorosa, con ánimo de arrollarlo todo y cargar con Sagasta y demás compañeros en ministerio ó turronada. ¡Viva la crisis! Desde cuanto tiempo te esperábamos; por fin hoy llegas para colmar nuestras ansias. ¡Albricias! hermosa señora, ante tí nos inclinamos llenos de esperanza, tu aliento nos es grato y hasta nos enardece y agiganta... ¡Pobre presidente! diremos parodiando al cantar de la zarzuela, cuantas desazones te cuesta la sola presencia de la crisis, de esa señora tan voluble para vosotros los preferidos de la suerte, paniaguados de la patria y masticadores del sabroso turrón ministerial Pobrecitos de nosotros si no resulta cierta la crisis que tan cacareada es por todos. Habrá quien se muera del susto que le cause la tan inesperada cuanto no esperada conjuración de la crisis. Desgraciados de nosotros si no fuera un hecho la crisis; entonces si que no cabrá la duda respecto al porvernir y esperamos al diablo con los brazos abiertos, como único lenitivo á nuestros pesares. ¡Albricias, ciudadanos, la crisis parece cierta!

¿Habrá crisis?

La animación que reina en todos los círculos políticos es grande. Un acontecimiento transcendental, muy próximo según indicios, ocupa por completo el tenebroso horizonte de la política española; desterrando rencores y avivando crueles pesimismos; animando á los rezagados y llenando de zozobra á los previlegiados; esperanzando á los que pasan la vida confiando en su sino, y haciendo temor á los que todavía tienen puesto su amor en la patria. Al grito de ¡crisis! todo es animación y cabildeos; los rumores de concentración surgen por todas partes, dando temas á sabrosos comentarios.. la palabra crisis todo lo transforma, hasta los odios.

Que un acontecimiento grave se avecina, no hay por qué dudarlo. Ahí están las últimas declaraciones de cuatro ó cinco prohombres de la política española. En todas se refleja el pesimismo y brota de ellas una duda amarga y desgarradora que se enseñorea por completo de las circunstancia. Todos á uno, sacan á relucir pasados errores para achacárselos al otro, para hacerle culpable de lo que todos realizaron. Cuando una crisis se avecina, todos quieren aparecer limpios de manchas; es la única manera de subir un escalón más. Unase á esto los programas consoladores que se nos ofrecen, próxima la entrada de otro partido y se verá que los momentos que preceden á la crisis, son animados, se echa el resto, como luego se dice, y hay quien entonces sueña con dias de grandeza para la patria, y los ofrece.

Nada de esto suele ser cierto. Pasado aquel momento todo queda lo mismo, un estado de cosas, más difícil, si cabe, que el anterior, se sucede y ya no hay resto de esperanza hasta que la crisis vuelve á surgir.

¿Habrá crisis? — nos preguntamos ojeando en los periódicos el balance político del día.—¿Habrá crisis?—nos preguntamos viendo el visiteo político, las declaraciones de un alto personaje ó la reunión de dos ó tres jefes de la minoría.—De la duda solo nos puede sacar la crisis ó la terminación del plazo que se le dá. Ahora bien, que habrá crisis no nos cabe duda; el partido liberal á la hora de ahora ha llegado á lo que el conservador cuarenta y ocho horas después del matrimonio de la Princesa; el partido sagastino está falto de fuerzas para continuar empuñando las riendas del poder; en una palabra, el actual ministerio vive de misericordia, con un soplo de desagrado en cierta región, el partido de Sagasta había concluido de gobernar.

La culpa ha sido esta vez de ellos mismos. Los liberales cual los conservadores, se han deshecho; ellos son los culpables de su muerte prematura. Cuando más fuertes se creía á los liberales hétenos aquí que les vemos rodar hechos polvo, de idéntica manera que los otros y sin haber cumplido lo que ofrecieron á su advenimienuo al poder.

¡Crisis, crisis! santa palabra. Recomos y temblemos, no por la muerte de un partido, sino por la llegada del otro, del que no conocemos y por ende no podemos colegir lo que sobrevendrá ahora, hacía qué punto nos encaminaremos y si pararemos en lo que siempre: en la nada.

Gustavo Vivero

Nuestra palomita

Conociendo como conocemos el estado de opinión en Murcia, con motivo de la llegada del nuevo *Poncio* hemos levantado la red del palomar para que nuestras amigas fueran en busca de noticias que comunicar á nuestros lectores.

La primera que ha regresado con el buche lleno, ha sido la azul y he aquí lo que nos cuenta de su visita al *Poncio*.

«Mi llegada al palacio de la Plaza de Santo Domingo, fué objeto de expectación, de gran reserva y desconfianza por parte de los *sardineros* que allí habían; de entusiasmo y satisfacción por parte de los dependientes de la casa, que ya tiempo no me habían visto por allí para ayudarme en mi misión reporteril.

El *Poncio*, como no me conocía, se alegró al solo anuncio de mi visita, se conoce que le habían enterado bien de las del palomar.

Me recibió con la delicadeza que distingue su personalidad, empezó por rogarme apease el tratamiento.

Así lo hice y entramos de lleno en nuestra conversación.

—¡Vamos á ser amigos!—empezó por preguntarme el *Poncio*.

—Eso depende de su conducta.

—Ya sabes, palomita, que á tiempos nuevos, nuevos procedimientos.

Ahora hay que empazar por ir matando hábilmente todo ese germen de anarquía creado por mi antecesor, y cuando hay rectitud en la intención y sanidad en la conciencia todo se puede decir y hacer sin temor que se malogre la empresa de las del palomar.

Yo no quiero *atrezo* como el que usaba el otro, ni misteriosas contraseñas, ni personajes de peluca rubia y trenza gris.

—Eso lo dice V. por el *Maniso* y el *Tabernero*.

—Por quien sea, y el que pueda pescar que pesque.

—Empresa de titanes parece lo que V. se propone y no es sino labor de audaces.

—No temo nada.

—Pues bien, lo haremos todo en bien de Murcia—palomita—incluso el arreglo del aceite.

—Todo lo que le consienta el *Trucha* y las circunstancias.

—Que equivocada andas, yo, si bien vengo facturado á servir los intereses políticos del sardinerismo, no por eso he de resultar un grotesco maniquí del *Trucha* y del. . . . . .

—No tenga V. reparo en decirlo...—del *Maniso*.

¡Lagarto! ¡lagarto! ¡lagarto! El solo nombrarlo es señal evidente de desgracía segura.

. . . . . .

—Sigamos en lo nuestro, palomita, y dejemos de mentar á los reptiles.

—Pues sigamos, amigo *Poncio*. Como le iba diciendo, el pueblo murciano está fatigado, hastiado de tanta inmundicia; se revuelve convulso entre las nauseas que le produce el asco; la repugnancia del pacto madrileño, siempre igual, siempre farsa; ayer bajo la hegemonia *Mantilla*, conglomerada de impotencias intelectuales; hoy bajo la dirección del *Abuelo*, suma de nulidades mal avenidas y heterogéneas.

Se han desprestigiado todas las tradiciones y se rebajan todas las buenas relaciones sociales y esto no tiene compostura ni regeneración posible.

—Ya me voy convenciendo que esto esta perdido y todo es debido á que no ha sonado la voz de Lázaro para los murcianos.

—Lo triste es que no sonará mientrás no surja á los mejillas de muchos el carmin que les falta.

—Eso es anemia, palomita, propia del paludismo de estas tierras.

—Y que reservas le ha comunicado el *Gitano*, para con los de su recua.

—Esas ya las irás sabiendo palomita, por hoy solo te diré que me ha aconsejado el uso moderado de los pasteles de *Bonache*.

—Y del mal de oreja, padece V.

—Es un dolor que apenas si me molesta, de otras dolencias son de las que me preocupo.

—Pues no quiero serle mas molesta y dejo á V. que hay gente que espera.

—¡Adios! palomita que nos veamos con frecuencia.

—Eso le dijo cierta dama al de la *daga* y era una indirecta para que no volviera.

—Pues yo si que volveré, siquiera ses por aquello de que mi oficio lo exije y lo demandan los lectores.

La

LA INFANTA MARIA CRISTINA

El dia 19 y á las ocho de la mañana, falleció en Madrid, en su casa de la calle de Ferraz, la infanta Maria Cristina.

La infanta doña Maria Cristina Isabel de Borbón nació en Madrid el 5 de Junio de 1833.

Era hija del infante D. Francisco de Paula, duque de Cadiz, y de la infanta Luisa Carlota, hermana de la reina gobernadora, doña Maria Cristina de Borbón.

Hermanos de la finada era S. M. el rey don Francisco de Asís: el infante D. Enrique, muerto en el famoso desafio con el duque de Montpensier; la infanta Luisa Teresa, duquesa de Sessa, que falleció recientemente; la infanta Josefina, que casó con el Sr. Güell y Rentó, y la infanta Amelia, que casó con el príncipe Adalberto de Baviera.

La infanta doña Cristina contrajo matrimonio en Madrid el 19 de Noviembre de 1860 con el infante D. Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza, que falleció en París el 14 de Febrero de 1875.

El infante D. Sebastián era hijo del infante D. Pedro, hijo á su vez, de un hermano del rey Carlos IV.

De su matrimonio tuvo la infanta doña Maria Cristina cuatro hijos:

D. Francisco de Borbón, duque de Marchena, que casó con doña Maria del Pilar Muguiro;

D. Pedro, duque de Dureal, que casó con doña Caridad Madan y Uriondo, ya fallecido.

D. Luis, también fallecido, duque de Ansola, que casó con doña Ana Cermana Bernaldo de Quirós, hoy señora de Mendez de Vigo; y

D. Alfonso, casado con doña Julia Mendez.

Nietos de la infanta son: tres hijas de los duques de Marchena, dos hijas y un hijo de los duques de Durcal, y dos hijos de los duques de Antola.

TEMPOREROS

La Dirección general de Contribuciones ha nombrado auxiliares temporeros para la confección de cédulas personales del año actual, con destino á servir en la Depositaría de Hacienda de Cartagena, por término de treinta días y con el sueldo diario de 3'50 pesetas á los señores siguientes:

D. Jesualdo Albaladejo Lledó, don Florencio Sanchez Bravo, D. Francisco Vazquez Aytrito, D. Alberto Medina, D. José Medina Ruiz, D. Joaquín Carrión, D. Francisco Gil Ibañez, D. Cristino Alberola Martinez, D. José Chumillas, D. Antonio Martinez Escobar, D. Antonio Ortega Martinez, D. Francisco Vigueras Pellicer, D. Juan Martinez Hernandez, D. Francisco Sanchez Rubí, D. Francisco Rosique Egea, don Emilio Martinez Zapata, D. José Alajarín Oller, D. Luis Cutanda Simó, don Francisco Frías Tirado y D. Rafael Vicens.

—La misma Dirección general, ha nombrado por término de sesenta días y con destino á esta Administración de Hacienda á los señores siguientes:

D. Agustín Puche Polo, D. Roque Forte Cusac, D. José del Barco, don Francisco Avilés Rocamora, D. Bartolomé Fernandez, D. Antonio Moñino, D. Antonio Sanchez Mula, D. Salvador Candela, D. Ramón Serra y Concha, D. Antonio Baleriola Albaladejo, don José Antonio Gimenez Chaparro, don Antonio Lopez Gamarra, D. Ricardo Rivera Abellán, D. Fulgencio Meseguer y D. Luis Albeladejo.

Los trabajos deberán empezar el día 25 del corriente mes.